

El traductor técnico: La complementariedad de la formación técnica y la Lingüística

Laura Cruz García
Víctor M. González Ruiz
Univ. de Las Palmas de Gran Canaria

Debido al desarrollo progresivo de la ciencia y la tecnología, ha ido adquiriendo mayor importancia la labor del traductor como intermediario entre los diferentes niveles de adelanto científico y tecnológico de los distintos países y, por ello, se ve reforzada la importancia de la traducción técnica como un área con autonomía dentro de los estudios de traducción.

Sin embargo, hablar de la traducción técnica no supone, como pudiera parecer *a priori*, tratar un campo radicalmente distinto a aquéllos en los que se enmarcan las restantes variantes de la traducción. Hay que reconocer, eso sí, ciertas diferencias o especificidades que requieren un enfoque algo distinto a la hora de planificar todo el proceso de elaboración y revisión del trabajo traductológico. Las diferencias de la traducción técnica con respecto a otros tipos de traducción se encuentran ante todo en la terminología, en los rasgos gramaticales, en el formato característico (informe técnico, instrucciones, manuales...), en la inexistencia del componente emotivo, de connotaciones, de metáforas, etc. No obstante, relegar este tipo de textos (que abarcan desde los documentos legales a originales sobre medicina, ingeniería o mecánica) a una categoría de menor rigor o supuesta infinita libertad de actuación no sería adecuado. En definitiva, y como ya veremos más ampliamente a

continuación, cualquier traducción sea del tipo que sea- siempre tendrá como referente más cercano el texto original y nunca, a pesar de la opinión más o menos general de cierto tipo de profesionales, la realidad a la que se hace referencia; y esto debería ser así aunque lo que vayamos a traducir sean las instrucciones de uso de una lavadora.

Pero hagamos en primer lugar un pequeño recorrido por los varios tipos de textos y sus respectivos métodos de traducción. Según las diferentes aplicaciones de la labor traductológica, podemos hablar de varios tipos de textos y traducciones; atendiendo a una de las diversas clasificaciones tipológicas existentes, seguidas por estudiosos como Peter Newmark [1988: 44] o Roger T. Bell [1991: 204], basada en el asunto (topic) del texto, tendríamos: (a) textos literarios; (b) textos institucionales; y (c) textos científicos o técnicos. A pesar de que los límites entre unos y otros no están bien definidos, tal como confirman Sándor Hervey e Ian Higgins [1992: 171], se puede establecer que el discurso literario se diferencia del institucional y del científico en su menor grado de atención hacia los hechos; mientras que estos dos últimos, cuando se trata del campo de las ciencias sociales, pueden llegar a superponerse [Newmark, 1988: 44]. En cuanto al método de traducción que se vaya a emplear para cualquier clase de texto, éste variará según se preste más atención a la lengua original o a la lengua término. De este modo, surgen la traducción palabra por palabra, la literal, la fiel y la semántica, por un lado; y la adaptación, la traducción libre, la idiomática y la comunicativa, por el otro. Mientras Katharina Reiss y Hans J. Vermeer se centran en la funcionalidad del texto [1991], Newmark, de los métodos antes mencionados, tan sólo da validez a la traducción semántica (para aquellos textos "expresivos", donde lo que realmente importa es el texto original, en todos sus aspectos) y a la comunicativa (válida para los documentos "informativos" o "vocativos", en los que el lector receptor es el factor principal) [Newmark, 1988: 45-48]. En ambas, y como ya hemos dicho, el principal referente será el propio texto; de una manera casi sagrada, en el primer caso; y en el segundo, ya teniendo en cuenta a aquéllos a los que va destinado el documento.

Parecería lógico, por tanto, encuadrar la traducción de las descripciones de los procesos de ingeniería y mecánica dentro del método comunicativo. Al fin y al cabo, lo que se pretende con la inmensa mayoría de estos textos es hacer llegar al lector receptor una serie de ideas o conceptos que le posibiliten el uso o puesta en práctica de

determinados aparatos e instrumentos. De esta forma, y siempre pendientes de la máxima de Newmark, *exactitud y economía*, traducimos un documento de las características recién mencionadas tomando como base, antes que nada, el mismo texto original y, después, las particularidades de un público al que habrá que adaptarse. No será, sin embargo, una comunidad receptora distinta la única excusa para alterar la forma o contenido de un texto de estas características; desafortunadamente, en múltiples ocasiones, la calidad de los documentos originales es lamentable, por lo que se hace imprescindible subsanar de forma mínima cuantos errores haya, sean de tipo lingüístico, informativo, tipográfico u organizativo.

Esto no significa que el texto fuente pueda ser alterado según se le antoje al traductor con la excusa de un espíritu aclarativo o de su presunta mejora al trasladarlo a la lengua término. Hay que recordar que nuestra base de trabajo siempre será el texto, y la realidad, una referencia obligada que puede aclararnos muchos puntos problemáticos en el proceso traductológico; tan sólo trasladaremos ese centro de trabajo hasta la realidad que se describe o explica cuando la calidad del texto original sea tan pobre que no se pueda evitar su desecho.

El plantearse si el texto original debería o podría ser modificado o mejorado a gusto del traductor es un tema bastante discutido. Según defienden algunos teóricos como Delisle, para la traducción artística es imprescindible el talento de un traductor que imprima a su trabajo un sello creativo comparable al de la obra original, mientras que para la traducción no artística se exige absoluta corrección y fidelidad. Sin embargo, se parte, generalmente, de que hay que respetar aquellos textos llamados autoritativos [Newmark, 1988: 162], traduciéndolos lo más literalmente posible, siempre conservando una forma natural de expresión; esto ocurre, principalmente, en los textos literarios. En cambio, en la traducción técnica, es recomendable mejorar el texto original siempre y cuando, debido a la instrumentalidad de este tipo de textos, los errores de expresión, gramática, sintaxis, etc. impidan su normal comprensión. Es decir, un texto literario no es creado pensando principalmente en el receptor; su autor presenta una serie de contenidos siguiendo unas normas estéticas o de estilo personales. Si éste ha escogido determinadas expresiones o determinadas formas gramaticales o léxicas, ha sido por decisión propia, al igual que si comete un error de cualquier tipo (a excepción de los tipográficos). Sin embargo, el texto

técnico sí ha sido creado pensando en un receptor; es por eso que, en diversos casos, sí debería ser mejorado en pro de la claridad, la concisión y la precisión [Herman, 1993: 11] lo cual desmiente la opinión tradicional que defiende que en este tipo de traducción no es necesario tener en cuenta factores estilísticos. En efecto, tradicionalmente se ha opinado que la traducción técnica es solamente una cuestión de transferir correctamente unos contenidos técnicos y que el estilo no es competencia del traductor. Pero hoy en día vemos que eso no es exactamente cierto. Por tanto, ¿cuándo podremos distinguir una traducción técnica deficiente de una aceptable?

El texto técnico puede presentar deficiencias gramaticales, sintácticas o léxicas, aparte de aquéllas relativas a la inexactitud o confusión respecto a su contenido u organización. Éstas contribuirán, precisamente, a la ausencia de las tres características básicas que deben tener los textos técnicos: claridad, concisión y precisión. De este modo, un mal giro sintáctico puede oscurecer el sentido de una frase, un vocablo no empleado apropiadamente puede ir contra el factor precisión, o un mal uso de los signos de puntuación puede dar lugar a confusiones que afecten la claridad, la concisión y la precisión del texto. Ante un documento donde se presente alguno de estos errores, la obligación del traductor será mejorarlo, pero sólo hasta donde sea mínimamente necesario; es decir, hasta donde la labor de corrección de las presuntas deficiencias lo requiera.

La importancia de todas estas cuestiones radica en que van a marcar ya desde un principio el carácter del profesional encargado de traducir textos técnicos: por un lado, tendremos al técnico que no profesa ningún respeto hacia el texto original en cuanto tal, ocupado tan sólo del traspaso de una información que a menudo considera mal expresada y mejorable; y, por otro, al lingüista fiel que se centra en el texto y el modo en que está articulada la información a través del lenguaje, poco proclive a la alteración gratuita y al desorden característico de los escritores técnicos.

La desidia de los miembros de ese primer grupo de técnicos traductores hacia la fuente textual que va a dar origen a la traducción suele ser abrumadora. Podemos imaginarnos que, durante el proceso de traducción, los primeros pasos de análisis del texto se omiten por completo; lo que realmente les importa es tener claro qué es lo que se va a describir o explicar, para entonces reformular esas ideas con sus

propias palabras, siguiendo de una forma mínima el orden del documento original.

Esta descripción del método traductológico, que, en principio, podría parecer hasta caricaturesca, no dista mucho de la realidad a la que nos enfrentamos con este tipo de traducciones. Lo realmente lamentable, no obstante, consiste en que el texto término que se obtiene estará plagado de omisiones, errores de sentido y exactitud y, con casi total seguridad, múltiples faltas gramaticales y sintácticas. En estos casos debemos rechazar la traducción; un exceso de altanería por parte del técnico encargado de hacerla lo ha llevado a producir casi una adaptación, sin más punto de contacto con el texto fuente que el tema y, no siempre, el orden de presentación.

Claro que hay otro tipo de profesionales; y éstos son los que dan prioridad al documento original, sea el texto del tipo que sea. En los de carácter técnico, también tendrán en cuenta su instrumentalidad y, por tanto, estarán abiertos a mínimos cambios de contenido u organización. Claridad, precisión y concisión o, lo que es lo mismo, exactitud y economía, serán sus principios de trabajo; de aquí obtendremos un texto término equivalente por completo al original, sin omisiones - aunque, eso sí, con pequeñas y necesarias adaptaciones -, y expresado con un lenguaje natural fluido. Ésta sería una aproximación de humildad hacia la traducción y su fuente textual; dar prioridad al texto y no a la realidad que describe, creemos, es vital para ser fieles a esa misma realidad. Por supuesto que, para afirmar esto, hay que suponer que los escritores técnicos encargados de redactar los textos que después habrá que traducir poseen una mínima competencia lingüística y una cierta capacidad de organización de contenidos. Y esto casi nunca es así.

¿Qué ocurre entonces? ¿Cómo vamos a respetar un texto que ya, *a priori*, sabemos que está mal escrito y organizado? Aquí es fundamental la labor de documentación: el acceso a textos de similar formato y contenido, la confrontación con documentos provenientes del mismo cliente, etc., además de las bases de datos y glosarios especializados - con los que ya contamos desde un principio para la búsqueda de la terminología especializada- y la propia especialización voluntaria del lingüista en el campo técnico oportuno. Por lo que respecta a la gestión de la terminología, la principal ventaja para el traductor reside en su papel crucial en el proceso de adquisición, almacenamiento y aplicación de conocimientos lingüísticos y específicos relacionados con la

producción del texto terminal. Éstos son recursos investigadores a los que un traductor lingüista está acostumbrado y que le ayudan a mantener esa exactitud y economía que ya hemos mencionado en varias ocasiones; su preparación -deseablemente universitaria- lo ha dotado de esas armas de investigación. Armas de las que normalmente carecen los técnicos que, por conocimiento de una segunda lengua, se atreven a la traducción de textos que tienen que ver con su campo de especialización. La "eterna pregunta" [Niedzelski y Chernovaty, 1993: 124] (¿qué va antes, la preparación lingüística o la técnica?) permanece incontestable. Aunque pensamos que podemos sugerir la respuesta.

A partir de aquí se han elaborado hipótesis sobre la persona ideal para dicha labor. Se han realizado estudios empíricos donde se habla de la efectividad relativa de la lingüística contra la formación técnica en la preparación de futuros traductores e intérpretes, llegando a la conclusión de que la formación técnica proporciona una ligera ventaja para la traducción, mientras la formación lingüística supone una clara ventaja para la interpretación [Niedzelski y Chernovaty, 1993: 139]. Asimismo, otros estudiosos proponen una metodología para producir traducciones técnicas de calidad mediante la investigación eficaz en aquellas áreas especializadas poco comunes, con el fin de proveerse de información terminológica y tipológica necesaria [Teague, 1993: 161-171]. También se ha señalado que una buena traducción técnica es posible sólo cuando el traductor es técnicamente competente, ya sea en metalurgia, química o electrónica; o también que existe la necesidad de prepararse desde el principio en el campo de la traducción y en el especializado al mismo tiempo, de ahí la creación de cursos de "Lenguajes con fines específicos".

Debido a la dificultad que supone alcanzar un dominio pleno tanto en el idioma o idiomas extranjeros como en el campo o los campos especializados sobre los que pueda versar un texto, el traductor se ha ido convirtiendo en un miembro de un equipo formado por traductores auxiliares, documentalistas, especialistas en informática y editores que trabajan en un proceso de cooperación entre traductores, revisores, terminólogos y, a menudo, escritores y clientes.

Lo ideal sería que los traductores técnicos fueran lingüistas que desarrollaran técnicas de investigación especializada con conocimientos adicionales en áreas técnicas, o ingenieros, científicos y otros especialistas que desarrollaran un gran nivel de conocimientos

lingüísticos, que ellos aplicaran a la traducción de textos en sus campos de especialización. Debido a la experiencia que se demanda en la producción de traducciones técnicas de calidad, la colaboración entre los lingüistas y los especialistas debería extenderse.

Realmente, lo importante no es qué va antes o qué tiene prioridad, sino el grado de conocimientos que se posee tanto en el campo de especialización como en el idioma extranjero que se traduce y el propio. Da igual haberse preparado antes técnica que lingüísticamente, o viceversa, siempre y cuando la formación haya sido la suficiente e imprescindible para llevar a buen término esta tarea. Sin embargo, lo más normal no será encontrar una persona con pleno dominio de ambos campos, como hemos mencionado anteriormente.

Y es en este punto donde surge la pregunta ¿es preferible un "traductor lingüista" o un "técnico traductor"? O, lo que es lo mismo, ¿un texto fiel y aceptable lingüísticamente o un texto únicamente efectivo desde el punto de vista funcional?. Habría que determinar quién está más capacitado para realizar una traducción de este tipo. El traductor no especializado o con escasos conocimientos sobre el campo técnico que abarca el texto que tiene que traducir se encontrará con problemas de terminología o con la descripción de procesos o funciones que no entiende, lo cual puede ir en detrimento del texto traducido. Por otra parte, el técnico con nociones de un idioma extranjero, aun siendo especialista en el campo del que versa el texto que debe traducir, se encontrará con dificultades de gramática, sintaxis, expresión, lo cual perjudicará la calidad del texto en la lengua término. Es por esto que la traducción de textos técnicos requiere no sólo el conocimiento de las normas y estructuras lingüísticas, sino también el conocimiento del tema fundamental del texto que hay que traducir. Uno solo de estos aspectos no es suficiente para la tarea traductológica [Galinski y Budin, 1993: 209].

Nosotros optamos por el lingüista, gran conocedor de su idioma y del idioma extranjero en cuestión, ya que a la hora de evaluar la traducción definitiva, se debe tener en cuenta que ésta esté completa y presentable, que use un lenguaje correcto, que presente un estilo auténtico y que esté libre de contradicciones [Teague, 1993: 169]. Además, hay que determinar si el texto tiene alguna función en particular o la versión traducida debe tenerla. El técnico que traduce muy difícilmente será capaz de dar una función específica a un texto al traducirlo. Un traductor analiza el texto por frases o párrafos, es decir, unidades con sentido

pleno, mientras que los técnicos lo hacen término a término, intentando buscar el significado del conjunto mediante su unión. El traductor lingüista encontrará serias dificultades sólo cuando se encuentre con terminología muy especializada.

Sin embargo, no hay que olvidar que las traducciones de este tipo van normalmente destinadas a especialistas con escasos conocimientos lingüísticos, a quienes no importa otra cosa que la efectividad práctica del texto, independientemente de su corrección y estilo. Por ello, aceptan cualquier traducción por el simple hecho de entender su significado, aunque presente deficiencias lingüísticas, a las que ni siquiera prestan atención o de las que, en muchos casos, no son conscientes. Por esta razón siguen existiendo traducciones de baja calidad. Además, algo muy común en los textos técnicos es la existencia de muchas palabras transferidas directamente del inglés, ignorando, en la mayoría de las ocasiones, sus equivalentes en otras lenguas. Para entender este fenómeno podríamos tomar como ejemplo la situación en España. Una gran proporción de este tipo de textos está mal escrita o mal traducida y es, a veces, poco precisa. Existen diversas causas que justifican este hecho: en España no existe una tradición tecnológica debido al lento desarrollo de dicho campo. Esto ha traído como consecuencia la importación masiva de tecnología y, junto con ella, textos técnicos que hay que traducir normalmente del inglés, lengua que ha influido enormemente en la terminología que se emplea en la actualidad (¿cómo habría que traducir entonces los manuales de uso y funciones de aquellos programas informáticos importados en inglés?). La opinión generalizada entre los especialistas en algún campo científico-técnico es que resulta más sencillo y cómodo conservar los términos en inglés. Su adaptación al español supondría tener que reiniciar el aprendizaje de una terminología con la que ya estaban familiarizados.

Sólo el lingüista será capaz de respetar un texto, de mejorarlo cuando las circunstancias lo requieran, estructurarlo de forma adecuada, servirse de la documentación pertinente, darle una función específica, cumplir todas las reglas gramaticales, sintácticas, léxicas, etc. y conservar el idioma evitando influencias innecesarias de otras lenguas que llegan incluso a traspasar las fronteras del campo de la tecnología para introducirse en el lenguaje cotidiano.

Está claro que no es imprescindible ser especialista en un campo para poder traducir un texto especializado; sin embargo, sí es imprescindible

conocer perfectamente el idioma extranjero que se traduce y el propio, es decir, sus normas gramaticales, léxicas, de estilo, etc., lo cual requiere una formación lingüística exhaustiva, para realizar un trabajo traductológico de calidad. Ya hemos dicho que este experto se vale de armas muy valiosas para conseguir la base técnica necesaria a la hora de traducir este tipo de textos.

Bibliografía

- Bell, R. T. (1991), *Translation and Translating*. New York: Longman.
- Delisle, J. (1988). *Translation: An Interpretative Approach*. Ottawa: University of Ottawa Press.
- Galinski, C. & Budin, G. (1993), "New Trends in Translation-Oriented Terminology Management", en *Scientific and Technical Translation. ATA Scholarly Monograph Series*. Vol. VI, pp. 209-216.
- Herman, M. (1993), "Technical Translation Style: Clarity, Concision, Correctness", en *ATA Scholarly Monograph Series*. Vol. VI, pp. 11-20.
- Hervey, S. & Higgins, I. (1992), *Thinking Translation*. London: Routledge.
- Newmark, P. (1988), *A Textbook of Translation*. Hertfordshire: Prentice Hall.
- Niedzielski, H. & Chernovaty, L. (1993), "Linguistic and Technical Preparation in the Training of Technical Translators and Interpreters", en *ATA Scholarly Monograph Series*. Vol. VI, pp. 123-150.
- Reiss, K. & Vermeer, H. J. (1991), *Grundlegung einer allgemeine Translationstheorie*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag.
- Teague, B. (1993), "'Retooling' as an Adaptive Skill for Translators", en *ATA Scholarly Monograph Series*. Vol. VI, pp. 161-172.